

CAPÍTULO II.

CRISTIANISMO PROGRESIVO.

§ 1. — La idea del progreso.

N.º 1. — *Hugo de Saint Victor y Santo Tomás.*

¡La idea del progreso en la Edad Media! Esto parece una paradoja. ¿No es la Edad Media esencialmente católica, y no está el catolicismo en oposición con el dogma de una religión progresiva? Es verdad que en nuestros días los defensores de la ortodoxia rechazan la perfectibilidad en el terreno de la religión como un error de la filosofía, de la peor de las filosofías, del panteísmo; pero no siempre ha sido así, nueva prueba de que todo cambia en este mundo, hasta la religión que pretende ser inmutable. La idea del progreso nació con el cristianismo; los neo-católicos, que la combaten con tal pasión, no echan de ver que retroceden hasta el paganismo; la antigüedad pagana era realmente inmóvil, al ménos en punto á sus creencias, porque profesaba la idea de que la humanidad gira sin cesar en el mismo círculo. La palabra de Cristo puso fin á esta desconsoladora doctrina, inaugurando una nueva edad en la cual la inmovilidad fué reemplazada por un progreso incesante.

Los Padres de la Iglesia tenían conciencia de la inmensa revolución que se verificó por la predicación evangélica. A los partidarios del pasado, paganos ó judíos, que invocaban la tradición ó la inmovilidad, opusieron atrevidamente la ley universal de la creación, según la cual todo cambia y se perfecciona. Verdad es

que, dominados por el dogma de la revelación, declararon que el progreso se detenía en Jesucristo; pero los más aventureros se atrevieron á franquear esta barrera divina y á proclamar, inspirándose en algunas palabras proféticas, que el cristianismo no era la última palabra de Dios. Había, pues, dos movimientos en la cristiandad primitiva. Unos, y éste era el mayor número, admitían el progreso en el pasado, pero no en el porvenir. Otros, y éstos eran más bien los herejes, creían en una serie infinita de revelaciones divinas. Estas tendencias se vuelven á encontrar en la Edad Media, pero con matices nuevos que prueban que el espíritu humano no se para jamás. Los escolásticos, si bien apoyándose siempre en la autoridad de los Santos Padres, van más allá y dan la mano á la filosofía moderna. Precisamente este lazo entre el dogma del progreso y la filosofía es lo que asusta á los católicos del siglo XIX; rechazan una verdad que encuentra sus más ardientes partidarios en un campo enemigo de la Iglesia; pero no se aperceben de que al renegar de la idea de progreso reniegan de su propia tradición.

De todos los Padres de la Iglesia, San Agustín es el que ha dirigido las miradas más profundas sobre la ley del progreso. Sus escritos transmitieron á la idea de la Edad Media la idea de un desenvolvimiento progresivo de la humanidad. En el siglo XII hubo un pensador que merece ser comparado con el gran doctor del mundo latino: *Hugo de Saint Victor* se inspiró en San Agustín; pero á pesar de proceder del pasado dió un paso hácia el porvenir. Otro teólogo, cuyo genio lo ha abrazado todo, *Santo Tomás*, enseñó la ley de la perfectibilidad. Las mismas ideas se encuentran en espíritus de menor importancia, pero podemos hacer caso omiso de ellos; *Hugo* y *Santo Tomás* nos dirán la última palabra de la escolástica acerca de la inmensa cuestión que se presenta ante nosotros.

Hugo de Saint Victor considera el progreso como una ley universal de la Creación. El catolicismo cree en la existencia de seres puramente espirituales, cuya perfección aventaja en mucho á la imperfección humana; sin embargo, los ángeles, según *Hugo*, van siempre perfeccionándose. No admite más que un límite á la evolución progresiva de las criaturas, el juicio final; entón-

En toda la Creacion se confundirá en cierto modo con Dios, y participará tanto de su inmutabilidad como de su perfeccion (1). Esta ley rige igualmente á los hombres, y los hubiera regido aun cuando Adán no hubiese infectado á su posteridad con el pecado original (2). No debemos, pues, creer que la penosa marcha del género humano hácia la perfeccion sea una consecuencia de la caída (3). A la verdad, todas las cosas eran perfectas en el principio de la Creacion; pero no sucede esto más que con las obras salidas directamente de manos del Creador. Todo lo que nace en el mundo, una vez creado, queda sometido á la condicion de un lento desenvolvimiento; todo parte de la imperfeccion para llegar á la perfeccion. Así se ve en las plantas y los árboles, en los animales y en todo lo que tiene vida; es una ley general, á la cual el hombre está igualmente sometido (4).

Hé aquí la idea del progreso fundada en la naturaleza misma del hombre y en la esencia de la Creacion. Falta hacer la aplicacion á las diversas manifestaciones de la vida. Santo Tomás no pone dificultad alguna en aplicarla á las ciencias y á las instituciones civiles: «Es propio de la razon humana, dice, el llegar por grados de lo imperfecto á lo perfecto. Así los primeros filósofos enseñaron cosas imperfectas, que más tarde fueron expuestas de un modo más perfecto por los que los siguieron.» Lo mismo sucede con las ciencias prácticas; las primeras invenciones fueron defectuosas bajo muchos aspectos; más tarde se las corrigió y se las perfeccionó» (5). ¿Es también la fe progresiva? Hugo de Saint Victor da una respuesta que al parecer niega el progreso en el terreno de la religion y que en el fondo la afirma: «Es menester distinguir, dice, entre la fe y la inteligencia de la fe; la fe

(1) HUGONIS DE SANCTO VICTORE, *Summa*, II, 6: «Cognitio angelorum usque ad iudicium augeri potest, quando fixi et immobiles erunt in eo quod sciunt, ut nec plus nec minus scire possint.»

(2) HUGONIS *Summa*, lib. I, P. 6.^a, c. 14: «Cognitioni, si in obedientia hominis perstitisset, per subsequentem revelationem plurimum addendum fuit.»

(3) HUGONIS *Summa*, lib. I, P. 6.^a, c. 26: «Nequaquam pro vitio humanae naturae deputandum est, si in principio suo a perfecto inchoata per subsequentem propagationem a modico ad majora et meliora proficiat.»

(4) HUGONIS *Summa*, ib: «A modico universa incipiunt, ac deinde paulatim per incrementa ordine ad perfectionem evadunt.»

(5) *Summa theologica, Secunda secunda, quæst. 97, art. 1.*

es siempre idéntica, pero así como difiere de individuo á individuo, según su capacidad intelectual, así también crece en las diversas edades del género humano» (1). Decir que la inteligencia de la fe cambia y se desarrolla, es decir que la fe misma va progresando, porque la fe no existe para nosotros más que en cuanto la comprendemos; la fe de que no tenemos conocimiento es para nosotros como si no existiera. Lo que Hugo de Saint Victor dice de la fe que ha precedido á la venida de Cristo, lo prueba hasta la evidencia. Si la fe ha sido siempre la misma, la creencia en Jesucristo ha debido preceder á la Encarnacion; pero ¿dónde se encuentra esta creencia ántes y aún despues de la Ley Antigua? «Creíase en un Dios creador, dice nuestro doctor; se esperaba de él la salvacion y la redencion» (2). ¿Basta, pues, creer en la salvacion para que se suponga la creencia en Jesucristo? ¿Quién no ve que estas sutilezas no han sido ideadas más que para conciliar la inmutabilidad pretendida de la fe cristiana con los cambios reales que se verifican en la fe? Santo Tomás llega al mismo resultado. Pretende también que la fe ha sido siempre la misma; es verdad que los dogmas han aumentado en número, pero importa poco, dice, preexistian en esencia, porque toda la doctrina cristiana se encuentra en germen en las creencias primitivas (3). Nosotros preguntaremos si puede decirse con verdad que los dogmas formulados, á partir del cristianismo, fuesen conocidos bajo la Ley Antigua porque estuviesen implícitamente contenidos en la primera revelacion. Esta es una nueva sutileza á la cual contestaremos con las palabras mismas de Santo Tomás. La verdad es una é inmutable, esto es completamente evidente, pero ¿respecto de quién? «Respecto de Dios únicamente, dice el ilus-

(1) HUGONIS DE SANCTO VICTORE, *De Sacramentis*, lib. P. 10.^a, c. 6: «Sicut in uno eodemque tempore secundum capacitatem diversorum fidei differentem agnoscimus, ita quoque per successionem temporum ab initio incrementis quibusdam auctam in ipsis fidelibus non dubitamus..... Crevit itaque per tempora fides, ut major esset, sed mutata non est, ut alia esset.»

(2) HUGONIS DE SANCTO VICTORE, *De Sacramentis*, I, 10, 7.

(3) *Secunda secunda, quæst. 1, art. 7*: «Quantum ad substantiam articulorum fidei, non est factum eorum augmentum per temporum successionem..... Sed quantum ad explicationem crevit numerus articulorum, quia quedam explicite cognitæ sunt a posterioribus, quæ a prioribus non cognoscebantur nisi implicite.»

re doctor; respecto de los hombres, lo cierto es que varía; en efecto, toma el color de nuestra inteligencia que es variable e imperfecta» (1). Esto supone que la fe varía según las luces de la razón; la revelación misma debe, pues, ser variable y progresiva, porque se dirige á seres imperfectos, pero perfectibles.

Aquí volvemos á entrar en el círculo de ideas de San Agustín. Hay progreso evidente de la Ley Antigua á la Ley Nueva: La Ley de Moisés era buena, dice *Santo Tomás*, pero no era perfecta, porque le faltaba la gracia (2). Los doctores de la Edad Media no buscan el progreso realizado por Jesucristo en la caridad, la fraternidad, la igualdad; este orden de ideas les es completamente extraño. Lo que á sus ojos más está un progreso visible en el desenvolvimiento religioso de la ley, desde la Creación hasta Jesucristo, es el establecimiento sucesivo de los sacramentos. ¿Por qué no han sido instituidos los sacramentos desde el principio, puesto que de ellos depende la salvación de los hombres? *Hugo de Saint Victor* responde que los sacramentos son la expresión de la fe, y que por tanto cuando la fe era oscura, debían ser oscuros. He aquí porque no se encuentra en los primeros tiempos más que el sacrificio; vino después la circuncisión, y por fin, el bautismo (3). De manera que la Ley Antigua ha instituido un sacramento, y el Evangelio lo ha reemplazado por nuevos sacramentos. ¿Qué quiere decir esto? ¿Estará la revelación en contradicción consigo misma? ¿Habrá dos verdades, una para los judíos y otra para los cristianos? «No, dicen nuestros doctores, la verdad es una, pero su revelación se hace progresivamente; á medida que se aproximaba la venida del Salvador aumentaba el conocimiento de la verdad; por esto los signos de salvación debían cambiar para manifestar visiblemente el incremento de la gracia (4). Los sacramentos de la Ley Natural eran

(1) «Veritas divini intellectus est immutabilis, veritas autem intellectus nostri mutabilis est.» (*Summa theologica, Prima, quæst. XVI, art. 8.*)

(2) *Summa theologica, Prima Secunda, quæst. 97, art. 1.*

(3) HUGONIS DE SANCTO VICTORE *Summa*, IV, 1, de Sacrament., lib. 4, P. 8, c. 12.

(4) HUGONIS DE SANCTO VICTORE *De Sacram.*, I, XI, 6.—S. THOM., *Summa contra gentes*, IV, 57. (*Op.*, t. IX, p. 493.)

la sombra de la verdad; los de la Ley de Moisés eran su imagen; los que Jesucristo ha instituido son su cuerpo. Esto no impide que los unos sean la preparación de los otros» (1).

El paso de la Ley Antigua á la Ley Nueva da lugar á una nueva cuestión, á la cual ya San Agustín ha contestado; ¿por qué no se ha dado á los hombres la Ley Nueva desde la Creación del mundo? *Santo Tomás* da la misma respuesta que el Padre de la Iglesia: «No ha sido predicado el Evangelio á los primeros hombres porque contiene la ley perfecta; ahora bien, la perfección no puede existir desde el origen de las cosas (2). Comparando la ley de Moisés á la de Jesucristo, la primera parece relativamente imperfecta; pero si se pone la Ley Antigua frente á las necesidades del pueblo para que ha sido revelada, será relativamente perfecta (3). Esto no impide á la ley más perfecta de Cristo hallarse en germen en la ley imperfecta de Moisés, como el árbol se encuentra en germen en la semilla» (4). Hé aquí, pues, á *Santo Tomás* considerando la revelación divina como perfecta é imperfecta á la vez. ¿Qué dirán de esto los defensores modernos de la ortodoxia? Acusan á los filósofos que niegan la verdad absoluta de aprobar el error como verdad; ¿acusarán también al gran doctor de la Edad Media por confundir en una misma aprobación lo verdadero y lo falso?

Santo Tomás dice que el progreso religioso se detiene en el Evangelio (5). Los cristianos no pueden expresarse de otro modo, puesto que en su creencia la verdad no se revela más que por una comunicación directa y milagrosa de la Divinidad; sería, pues, precisa una tercera revelación para que hubiese una transformación

(1) HUGONIS *De Sacram.*, I, XI, 6; I, XII, 3.

(2) S. THOMÆ *Summa Theologica, Prima Secunda, quæst. 106, art. 3*: «Non enim aliquid ad perfectum adducitur statim a principio, sed quodam temporalis successionis ordine, sicut aliquis prius fit puer, et postmodum vir.»

(3) S. THOMÆ *Summa Theologica, Prima Secunda, quæst. 98, art. 2*: «Nihil prohibet aliquid non esse perfectum simpliciter, quod tamen est perfectum secundum tempus....; ita præcepta quæ pueris dantur, sunt quidem perfecta secundum conditionem eorum quibus dantur, etsi non sint perfecta simpliciter: et talia fuerunt præcepta Legis.»

(4) S. THOMÆ *Summa theologica, Prima Secunda, quæst. 107, art. 3.*

(5) *IBID.*, quæst. 106, art. 4.

de la fe. Pero la negacion de un progreso futuro no es más que aparente; no tiene más razon que la necesidad de salvar la revelacion. En el fondo, la religion cristiana misma es progresiva, por más que los ortodoxos tengan horror al progreso. *Hugo de Saint Victor* y *Santo Tomás* dicen con una profunda verdad que la inteligencia de la fe varía, que va creciendo con el progreso general que se verifica en las sociedades humanas. Pues bien, con esto mismo reconocen el progreso que parecen negar. ¿Se quiere una prueba dada por la teología cristiana? El dogma fundamental de la gracia ha existido siempre, dicen los católicos; enhorabuena. Pero compárese la creencia, tal cual San Agustín la ha formulado, con la de los escolásticos y de los Jesuitas, y se verá que hay una gran diferencia; solamente ha quedado el nombre. En cuanto á la idea, ha sido modificada hasta el punto de que la doctrina que hoy prevalece es la negacion de la que profesaba San Agustín.

N.º 2.—*Rogerio Bacon.*

Así, pues, la filosofía de la Edad Media, por más que niegue el progreso religioso á partir del cristianismo, lo reconoce implícitamente. Sin embargo, preciso es confesarlo, no hay aspiracion alguna hácia el porvenir entre los escolásticos; la trasformacion del dogma que se opera insensiblemente se verifica á pesar de aquellos mismos que son sus órganos; aún alejándose de San Agustín creen ser sus fieles discípulos. Un solo filósofo, grande entre los más grandes, ha dirigido siempre su mirada hácia el porvenir, *Rogerio Bacon*. Merece un lugar en unos *Estudios* consagrados á seguir la ley del progreso en el desenvolvimiento de la humanidad.

Los doctores escolásticos se hallan todos dominados por la autoridad de la tradicion. *Bacon* les echa en cara esa preocupacion en favor del pasado: «Es una cadena, dice, que aprisiona el pensamiento en un círculo siempre igual, y que impide el perfeccionamiento de la ciencia. En efecto, supongamos que los filósofos se hayan engañado, nosotros tambien nos engañaremos si les otorgamos una ciega confianza. Ahora bien, los más sabios pue-

den engañarse en razon de la imperfeccion humana. En vez, pues, de atenernos á lo que han dicho los antiguos, por la mera razon de que proviene de los antiguos, sería menester más bien desecharlo por esta misma razon» (1). No quiere decir esto que *Bacon* rechace la autoridad del pasado; el dogma del progreso, que es su punto de partida, implica que el pasado es el germen del presente, del mismo modo que el presente es el germen del porvenir. La Iglesia habia proscrito á Aristóteles; *Bacon* toma su defensa: «No se debe, dice, condenar las obras de Aristóteles ni las de Averroes por los errores que en ellas se encuentran, porque la imperfeccion es inseparable de la ciencia; por esto nosotros, los modernos, aprobamos estos libros, pero rechazamos los errores que en ellos descubrimos» (2). Hé aquí el método de la filosofía del progreso; conduce á probar y á desaprobare una misma cosa. ¿Es esto confundir lo verdadero y lo falso, como dicen los católicos de nuestros dias? Responderemos con *Rogerio Bacon*: «Aceptamos lo que Aristóteles ha dicho de verdadero, y rechazamos lo que ha dicho de falso.» Indudablemente queda el campo abierto al error, pero ésta es la condicion humana. *Bacon* mismo nos ofreció un singular ejemplo. Dice que es un error manifesto creer que todo pecado puede ser expiado en la vida futura, y que todo pecador alcanza la salvacion. Lo que *Bacon* censura como un *error manifesto*, se considera hoy por los libres pensadores como una verdad manifiesta; es el ilustre filósofo quien se ha engañado; pero el principio que le inspira nos consuela de sus extravíos.

Lo que *Bacon* dice de Aristóteles lo dice tambien de los Apóstoles y de los Padres de la Iglesia: «San Pablo contradice á San Pedro. San Jerónimo confiesa que más de una vez se ha engañado traduciendo la Escritura. San Agustín ha hecho un libro de Retracciones. Los doctores católicos contradicen en muchos puntos lo que han dicho los Santos Padres.» ¿Cuál es la conclusion de *Bacon*? «No debemos adherirnos á cuanto oímos y leemos; por el contrario, es un deber para nosotros el examinar con la más severa atencion las opiniones de nuestros predecesores á

(1) ROGER. BACON., *Opus Majus*, P. 1.ª, c. 1, p. 2.

(2) BACON., *Opus Majus*, P. 1.ª, c. 9, p. 14.

fin de añadirles lo que les falte y de corregir lo que es falso y erróneo, pero siempre con modestia y circunspección. Porque la verdad se aumenta siempre con la gracia de Dios. Es verdad que el hombre no llega nunca á la perfección ni á una certidumbre absoluta, pero va siempre perfeccionándose; por esto no debemos seguir ciegamente á los antiguos, porque, si resucitasen, corregirían por sí mismos lo que han dicho, y cambiarían de opinión sobre muchas cosas. Del mismo modo que por ahora ignoran los sabios lo que los más vulgares estudiantes conocerán algún día» (1).

¿Cómo ha podido un fraile, en lo que se llama la noche de la Edad Media, concebir esta elevada idea de la perfectibilidad? El estudio de las ciencias físicas le hizo presentir los admirables descubrimientos que en nuestros días cambian la faz del mundo, y el poder del hombre sobre la naturaleza le dió esperanzas infinitas para los progresos futuros del espíritu humano. Pero los genios más aventureros no se libran por completo de los vínculos de su época. Bacon participaba de las preocupaciones de su tiempo acerca de la teología. La Escritura contiene á sus ojos toda la sabiduría, puesto que proviene de Dios; luego la filosofía que proviene de los hombres debe estar subordinada á ella. Llega hasta decir que no es más que tinieblas y que conduce á la ceguera (2). Estas preocupaciones teológicas han hecho caer al doctor del progreso en errores que forman un singular contraste con su doctrina. La creencia de la perfectibilidad conduce á una grandeza de ideas que no tienen los espíritus aprisionados en un dogma exclusivo. Bacon ensalza los filósofos antiguos; dice «que han sido los precursores del Evangelio, que Dios los ha iluminado para preparar las almas para la fe» (3). Creeríase después de esto que debe admitir que estos filósofos se salvarán; sin embargo, no duda en condenarlos porque, «habiendo conocido á Dios, no le han glorificado como Dios» (4). Decimos de Bacon lo que el grande hom-

(1) BACON., *Opus Majus*, p. 17, C. p. 9, 10, 14, 15. — *Tratado de las Obras secretas de la Naturaleza*, c. 7.

(2) *Opus Majus*, p. 42, 23.

(3) «*Ut eorum persuasionibus mundus disponeretur ad fidem.*» (*Opus Majus*, p. 39.)

(4) *Opus Majus*, p. 39, 37.

bre decía de sus antecesores; si viviese hoy pensaría de otro modo. Hay en cada edad de la humanidad un cierto orden de verdades de las que no puede salir, del mismo modo que la infancia no puede tener las ideas de la edad madura; pero el niño al crecer desecha las rancias preocupaciones; de esta suerte avanzando en edad la humanidad, desecha las creencias de su juventud. ¡Gloria á los que, como Bacon, le han mostrado el camino por el que debe marchar.

§ II.— El reinado del Espíritu Santo y el Evangelio Eterno.

Bacon no pensó en aplicar la idea del progreso á la religión. No es por medio de la filosofía como penetró esta creencia en los espíritus, sino por un camino que la misma Sagrada Escritura parecía abrir. Cuando decimos que la Escritura parece dejar la puerta abierta á una revelación progresiva, no pretendemos que el progreso en el terreno religioso sea conciliable con la fe ortodoxa. Los que han creído encontrar en los libros sagrados un punto de apoyo á sus esperanzas han sido calificados siempre por la Iglesia de herejes. Según el dogma católico, Jesucristo ha revelado toda la verdad; en ese caso no puede ya tratarse de una nueva revelación divina, y mucho menos de una revelación progresiva por el intermedio de la humanidad. Esta última concepción es la negación de la revelación tal cual la entiende la doctrina cristiana. Con razón, pues, ha rechazado la Iglesia la idea de un cristianismo progresivo como una herejía. Pero lo que importa consignar es que esta herejía es una herejía cristiana; tiene sus raíces en pasajes del Nuevo Testamento; está inspirada por ideas y preocupaciones cristianas.

Al parecer la historia de las sectas de la Edad Media es contraria á lo que decimos. La idea de una religión nueva, más perfecta que el cristianismo, se halla por la primera vez en el siglo XIII en una escuela filosófica. Amaury de Chartres y sus discípulos profesaban el panteísmo más absoluto, y admitían una manifestación sucesiva de la verdad. Tomando por punto de partida la Trinidad cristiana, decían que Dios Padre era el autor